

IN MEMORIAN: RODOLFO STAVENHAGEN

El pasado 5 de diciembre murió Rodolfo Stavenhagen, antropólogo mexicano de dimensión universal y miembro del Consejo Científico Asesor de la Revista Andaluza de Antropología. Desde aquí queremos modestamente homenajearlo, mostrando nuestro afecto hacia él y nuestra admiración por una vida plenamente dedicada al análisis de las realidades sociales y culturales desde la opción de la defensa de los derechos humanos, especialmente de los pueblos indígenas. Su viuda, Elia, ha tenido la generosidad de enviarnos el discurso que ella pronunció en enero al recoger, en nombre de Rodolfo, el Premio Nacional de Derechos Humanos de México que le habían otorgado. Nada mejor que ese texto para que en las páginas virtuales de este número de la RAA siga alentando el espíritu del antropólogo, del maestro, del amigo...

Es muy fácil, entrando en la red, encontrar biografías del profesor Stavenhagen: conocer su huida familiar de la Alemania nazi, su formación en Sociología y Antropología, sus numerosas publicaciones, su trayectoria en el Colegio de México y otras instituciones de docencia e investigación, su actuación en la UNESCO y como Relator Especial de Naciones Unidas para los Derechos de los Pueblos Indígenas –actuación tan distinta a la de otros que se instalan en cargos institucionales para adornar la realidad sin encarar los problemas-, su apoyo a todas las causas justas...

A todo esto, quiero agregar un testimonio personal por mi parte: mucho antes de tener el placer de conocerle personalmente, iniciando una relación profesional que

desembocaría en fraternal amistad, cuando yo era un recién contratado profesor *penene* en la Universidad de Sevilla, allá por los años finales de los sesenta del siglo pasado, descubrí un libro que fue para mí uno de los libros de cabecera para la preparación de mis clases: *Las clases sociales en las sociedades agrarias*. ¡Quién me iba a decir que, andando el tiempo, la persona a la que admiré profundamente por ser el autor de aquel libro, y luego de otros que fui descubriendo, iba a convertirse no sólo en uno de mis maestros sino también en uno de mis amigos más queridos!

Varias veces vino a Andalucía a ejercer su magisterio o viajando con su familia para conocer mejor nuestra tierra. Recuerdo nuestras conversaciones, plagadas de coincidencias, no sólo en la universidad sino en las tardes de una semana santa sevillana, en una mañana en Itálica y en numerosas paseos por las calles de algunos de nuestros pueblos. Como también nuestras pláticas, para mí inolvidables, en el D.F. y en su casa de Cuernavaca, en su jardín maravilloso. Tanto en Andalucía como en México, en Quito como en otros lugares donde numerosas veces coincidimos, su compañía fue siempre un regalo para mí. Y cuando estábamos preparando el lanzamiento de esta revista, no dudó en aceptar rápidamente la petición de que su nombre la prestigiara, aceptando participar en el Consejo Científico Asesor y escribir un artículo para su primer número, que yo coordiné con el significativo título de “Antropologías del Sur”.

Pese a su muerte, tras larga enfermedad contra la que luchó trabajando hasta casi su último día, Rodolfo Stavenhagen seguirá estando presente no sólo entre quienes tuvimos la suerte de conocerle sino en todo aquel que pretenda acercarse con rigurosidad y objetividad (pero no con falsas neutralidades) a las realidades sociales y culturales de nuestro mundo contemporáneo, en especial de los pueblos y sectores subalternizados. Que la tierra le sea leve al maestro, al amigo.

Isidoro Moreno

Director de la Revista Andaluza de Antropología

Rodolfo Stavenhagen: un humanista universal

(Palabras de Elia Stavenhagen, esposa de Rodolfo, en el acto de reconocimiento póstumo a este distinguiéndolo con el Premio Nacional de Derechos Humanos de México).

Elia Stavenhagen

Señor presidente de la República Mexicana, Enrique Peña Nieto.

Señor presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, Luis Raúl González Pérez.

Queridos amigos.

Señoras y señores:

En nombre de la familia Stavenhagen, es para mí un honor agradecer el reconocimiento que se hace hoy a Rodolfo Stavenhagen, defensor incansable de los derechos humanos, y particularmente de los derechos humanos de los pueblos indígenas.

Ésta es la primera vez que hablo en nombre de Rodolfo y su trabajo. Hoy, en su ausencia, aprovecho esta oportunidad para comunicar el enorme privilegio que fue acompañar durante 34 años a un hombre tan íntegro y congruente. Me tocó ser testigo y cómplice de su inquebrantable compromiso con la sociedad, con los pueblos de México y del mundo.

Nuestra relación se inició en 1982 en París, cuando Rodolfo terminaba su gestión como Subdirector General encargado del área de las Ciencias Sociales en la UNESCO. Su tarea era promover el desarrollo de las Ciencias Sociales, en ámbitos como la cooperación internacional, problemas de población, urbanismo y medio ambiente, el desarrollo económico y social, y un área de derechos humanos, donde empezó a reflexionar sobre el tema.

Para ese entonces ya era reconocido como un importante científico social, su compromiso con el emergente pensamiento latinoamericano lo habían llevado a criticar las estructuras imperantes.

Cansado de la administración, renunció a su puesto y se quedó en París para retomar su actividad como investigador. Dedicó ese año a leer y reflexionar sobre la etnicidad como factor de conflictos y guerras en el mundo, -tema en el que pocos especialistas reparaban en esa época- y cómo estas identidades colectivas entraban en conflicto por problemas de fronteras artificiales, intervenciones de políticas estatales o coloniales o de intereses extranjeros; desigualdades económicas, en que la opinión pública era manipulada, produciendo conflictos violentos, etnocidios y no pocas guerras. Un tema que, 30 años después, sigue tan vigente...

Rodolfo era un visionario: nadie niega ahora que los elementos de las identidades religiosas o étnicas, juegan un importante papel en los conflictos mundiales.

En 1983, Rodolfo regresa al país y a su institución, El Colegio de México. Víctor Urquidi, gran mentor y amigo, lo recibe y lo invita como Secretario Académico del Colegio. Ahí trató infructuosamente de tender puentes interdisciplinarios. Cito: “Los grandes problemas hay que enfrentarlos desde varias perspectivas, vamos a crear proyectos de estudio en el que analicemos los grandes problemas de México, con investigadores de los diversos Centros de El Colegio”.

Como lo demostró a lo largo de su vida profesional, Rodolfo no creía en las fronteras rígidas entre las distintas disciplinas.

Vivir con Rodolfo fue viajar por todo el mundo, siempre motivado por alguna actividad profesional: dando conferencias, con intervenciones en foros, eventos, proyectos o encuentros; siempre generando discusiones políticas y científicas fructíferas, sustentadas por su afán analítico, por su compromiso en la búsqueda de orientar el presente y el futuro hacia formas superiores y más justas.

Y en medio de sus muchos compromisos profesionales, Rodolfo encontraba el momento para que fuéramos a la ópera, al ballet, al teatro; o a comer una rica pasta siempre acompañada de un buen vino y de una deliciosa conversación. Paseábamos por los parques, íbamos a los museos. Vivir con él era vivir con libertad y disfrutar del mundo, la naturaleza y de la cultura.

Compartíamos el amor por las culturas indígenas y el reconocimiento de su importancia. Él desde su trinchera de intelectual, académico, activista y funcionario. Yo, en la promoción de las artesanías producidas por los distintos grupos étnicos del país, organizando exposiciones de arte popular nacionales e internacionales.

En 1984, a la muerte del padre de Rodolfo, Kurt Stavenhagen, me tocó hacerme cargo de la colección de arte prehispánico, que este reunió con tesón durante cuatro décadas, ser la curadora de la colección y entregarla a nombre de la familia Bodek-Stavenhagen al Museo de Antropología de Xalapa y a la Universidad Nacional de México. Rodolfo, fiel al compromiso con la nación, donó este importante acervo –reflejo de un momento fundamental en la construcción de la identidad nacional- como un homenaje al país que tan generosamente los acogió a él y a su familia como migrantes refugiados de los genocidios nazis.

Rodolfo y yo siempre fuimos compañeros, lo apoyé y lo amé incondicionalmente.

¡Qué privilegio vivir así el amor, con un hombre inteligente, dulce y tranquilo! Siempre estaba dispuesto a todo: a aventurarnos a rentar una moto en Nepal para ir a ver los Himalayas , asistir a un concierto en Versalles y estar dos horas parados, bailando, escuchando a Tina Turner. Ir a ver y oír a Santana, a quien conocimos en Stanford. O en casa hacer fiestas a la Virgen de Guadalupe o celebrar el día de muertos con los altares tradicionales que ponemos cada año.

Después de muchos años de su incansable labor diplomática y académica por el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas, en 2001 se logró que la ONU creara la primera Relatoría Especial sobre la situación de los derechos humanos y libertades fundamentales de los Pueblos Indígenas, la cual Rodolfo tuvo el honor de presidir.

Rodolfo acompañó a los indígenas de todo el mundo en el proceso de empoderamiento que fue creciendo con los años en la ONU. Como primer Relator Especial, sentó las bases de la relatoría con su visión de antropólogo y sociólogo. Parecía que toda su vida se había

preparado para el puesto, tenía la experiencia diplomática y académica, conocía a los grupos indígenas en el mundo, trabajaba con varias ONGS, había sido presidente en la redacción del Convenio 169, participó activamente en la redacción de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas.

A propósito, recuerdo que en una ocasión, un alto funcionario de la ONU me dijo: “Nosotros respetamos mucho a Rodolfo. Cuando él toma la palabra escuchamos con atención, porque siempre va a hacer un comentario inteligente. Él puso el tema de los derechos indígenas en nuestras discusiones”.

Fui con él a varios de sus viajes como Relator de los Derechos Humanos de los Grupos Indígenas en el Mundo, ante el asombro de los funcionarios de la ONU que no acostumbraban a llevar a sus esposas en viajes oficiales. Pero los pueblos indígenas nos recibían con gran aprobación. Recuerdo al alcalde de Oruro, en Bolivia que nos tomó de la mano y nos dijo: “Así debe de ser la pareja, que bueno que lo acompañe y lo cuide. Cuídelo mucho porque para nosotros es muy importante la labor que realiza, necesitamos que nos siga guiando en esta lucha desigual.”

Rodolfo: un humanista universal, ciudadano del mundo; un ser humano sencillo, cálido, gentil y respetuoso del ser humano. Trataba con la misma dignidad a presidentes, funcionarios, y a las personas más humildes. Fue un hombre cuyo trabajo a favor de la dignidad humana dejó una huella profunda, como lo reflejan las lindas notas de condolencia que nos ha generado su partida, provenientes de nuestro país, de Latinoamérica, África, América, Europa, Asia, Nueva Zelanda.

Rodolfo era un intelectual creativo, abrió caminos y disciplinas: el México pluricultural y multiétnico, los problemas agrarios, el derecho consuetudinario, los derechos humanos.

Para inicios de la década de los ochenta, el tema de los Derechos Humanos en México era poco discutido. Distintos organismos internacionales comenzaban a documentar varios casos de violencia política sufrida por líderes sociales y comunitarios en distintas partes del país. Rodolfo veía esta situación con preocupación y como un obstáculo para la democracia. Es por ello que fundó con Mariclaire Acosta y otros personajes, la Academia Mexicana de Derechos Humanos. Esta institución fue un precedente fundamental para la creación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, organismo que ha jugado un importante papel en la cultura democrática del país y que hoy nos convoca.

Recuerdo el momento en que se acercó a él Raúl Salinas de Gortari y le dijo: “Rodolfo, ¿cuál cree que es el problema más importante del país?” Él contestó: “La implementación de los derechos humanos”. Poco después acordó una cita con el Lic. Carlos Salinas. Rodolfo asistió con varios miembros de la Academia Mexicana de Derechos Humanos. Al poco tiempo, el presidente anunció la creación de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, institución que hoy le rinde homenaje mediante este reconocimiento.

Rodolfo, además de crear instituciones, cultivó una familia sólida de hijos comprometidos con su país: Marina, Andrea, Gabriel y Yara. Los nietos Diego, Luisa y Mateo. Su sobrina Claudia. Todos lo quisimos, lo admiramos y recibimos de él su amor incondicional.

Recordar a Rodolfo es recordar su compromiso con la sociedad y con los pueblos de México.

La mejor manera de honrar su memoria es revisar sus recomendaciones y poner en práctica su pensamiento que sigue tan vigente. Lo cito: “Creo que el científico social tiene una responsabilidad política profunda que conduce a tratar de aclarar, conocer y coadyuvar a la solución de los problemas sociales.”

Honremos su memoria poniéndole atención al desafío que representa el ejercicio de una política de derechos humanos, que contribuya a proteger a los distintos sectores de la población y a promover su desarrollo y bienestar.

El enfoque de derechos humanos identifica a los pueblos indígenas como titulares de derechos y establece la realización de éstos, como el principal objetivo del desarrollo, que respete sus lenguas, su cultura, su territorio y sus recursos naturales.

Muchas gracias.

IN MEMORIAN: JUAN ANTONIO LACOMBA

Cuando aún no nos habíamos repuesto de la noticia de la muerte del maestro Rodolfo Stavenhagen, nos llegó la mala nueva, en este caso más inesperada, de la muerte de Juan Antonio Lacomba, catedrático jubilado de Historia Económica de la Universidad de Málaga, historiador andalucista de referencia que nos enseñara a todos la necesidad de pasar de una “Historia *en* Andalucía” a una “Historia *de* Andalucía”. Su actividad en la revitalización del Ateneo malagueño, sus años como director de la Revista de Estudios Regionales (editada por el conjunto de universidades andaluzas) y su participación en el patronato de la Fundación Blas Infante fueron muy fértiles y dejaron una profunda huella en todos cuantos colaboramos con él en alguno o varios de esos escenarios.

Nacido en Valencia, se hizo andaluz por voluntad, sentimiento y trabajo. Su compromiso con los derechos de Andalucía como pueblo y sus investigaciones sobre los precedentes y desarrollo del movimiento regionalista-nacionalista andaluz le depararon satisfacciones y reconocimientos pero también incomprensiones e injusticias, que superó con su bonhomía y su capacidad para el trabajo y la amistad. Vaya desde la RAA el reconocimiento a su trabajo como investigador y como docente y a su apuesta por Andalucía. Siempre

recordaremos a Juan Antonio, un andaluz, en el sentido machadiano, bueno. Fue un gran maestro y un inolvidable amigo. Descanse en paz.

Isidoro Moreno

Director de la Revista Andaluza de Antropología